



La evolución de los precios de la energía eléctrica en los últimos meses y sus efectos devastadores sobre la economía de hogares y empresas, que se ya se retroalimentan y potencian con los subsiguientes incrementos de la inflación, ha generado una atención que habría que aprovechar para, de una vez por todas, dar respuesta a uno de los mayores problemas a los que se enfrenta la competitividad industrial en España.

Los elevados costes y precios de la energía a los que deben hacer frente los consumidores industriales en nuestro país, especialmente los más intensivos en uso de energía como son buena parte de los segmentos de actividad del Sector del Metal, son una seria desventaja competitiva tanto a nivel europeo como global.

De nada sirve la batalla del reparto de responsabilidades políticas, la búsqueda de culpas, las ocurrencias que, obviando las evidencias técnicas y económicas, se basan solo en lo ideológico, o las declaraciones voluntaristas de que todo va a mejorar, basadas únicamente en la oportunidad política o en estrategias de comunicación.

Nada de ello va a resolver los problemas si no se analiza con honradez intelectual donde están y cuáles son los factores que los provocan.

En España sufrimos altos costes en las redes de transporte y distribución, impuestos y cargas incorporadas a las tarifas eléctricas finales que no tienen nada que ver con los costes de producción y que responden a decisiones compensatorias de diversas decisiones políticas.

Junto a ello, mantenemos una elevada dependencia energética externa, agravada por el hecho de que, pese a algunos proyectos, la Península Ibérica sigue siendo una isla energética, alejada del nivel de interconexiones transfronterizas de gas y electricidad mínimamente deseable. Asimismo, y si bien es cierto que en los últimos años se ha ido progresivamente reduciendo, España sigue presentando una intensidad energética superior a la media europea y a la de nuestros competidores directos.

En paralelo, hay mucho camino por recorrer en materia de ahorro y eficiencia energética sobre todo en las Pymes industriales que necesitan información y formación para mejorar sus ratios globales de intensidad energética y con ello, su competitividad. Además, la necesidad de dar cumplimiento a los compromisos internacionales adquiridos por España condiciona profundamente el presente y futuro de nuestro sistema energético.

Las limitaciones y los precios crecientes de las emisiones de gases de efecto invernadero, el cumplimiento de la legislación relativa a calidad del aire y la necesidad de alcanzar el objetivo de penetración de renovables determinan en gran medida las tecnologías de generación disponibles para el diseño del mix energético español.

Un mix de generación que debe convertirse en materia para establecer una política de Estado y clave estratégica para generar certidumbre a la inversión en infraestructuras de generación y asociadas, y en el desarrollo y fabricación de los bienes de equipo en los que habrán de basarse. Un mix energético que no debe prescindir de ninguna tecnología energética madura, competitiva y de baja intensidad en carbono.

El deseable aumento del peso de la producción renovable, que reduce nuestra dependencia energética, no puede, sin embargo, hacerse a costa de elevar la variabilidad e intermitencia de la producción, incrementando la inestabilidad de la operación del sistema eléctrico, y recurriendo a mecanismos de gestión por restricciones técnicas y en tiempo real, de elevado coste asociado que pagan consumidores domésticos e industriales.

Los problemas dejan de serlo si no hay soluciones o cuando están se encuentran y se aplican. En el caso de los precios de la energía eléctrica si existen soluciones probadas cuya aplicación a la mayor brevedad posible, permitiría mejorar la situación y contribuir a la recuperación de nuestra economía.

En primer lugar, es imprescindible que la competitividad se sitúe en el centro del debate de toda política energética, junto con la garantía de suministro y el respeto al medio ambiente para ser los tres ejes del diseño de nuestro sistema energético.

En las circunstancias actuales, para asegurar precios finales de la energía que permitan recuperar competitividad a los sectores productivos es imprescindible extraer de los costes regulados los sobrecostes derivados de decisiones políticas que no tienen que ver con los costes de producción, transporte o comercialización.

Debe también revisarse la actual estructura de peajes eléctricos, teniendo en cuenta en el proceso el nivel de eficiencia energética del usuario que, siguiendo el ejemplo de otros países europeos, concienciaría sobre el precio real de la energía y favorecería la competitividad de la industria.

El desarrollo o ampliación de infraestructuras eléctricas debe ser mejorado priorizándose el desarrollo de conexiones internacionales claves para reducir el precio final de la energía y para la creación de un verdadero mercado interior europeo de la electricidad que dará seguridad y competitividad al sistema. Por lo que respecta a las redes eléctricas de transporte y distribución, se precisa de un entorno regulatorio que favorezca la inversión en su renovación. Las redes de transporte y de distribución deben mantenerse y mejorarse con el despliegue de nuevas tecnologías.

Las pérdidas del sistema no son un problema menor y deben reducirse a partir de un marco regulatorio que incentive la inversión en equipos y sistemas que mejoren la calidad de la infraestructura.

Junto al transporte, el almacenamiento de la electricidad abre un campo de investigación que, de desembocar en proyectos viables, podría elevar la flexibilidad y la eficiencia del sistema, y dotar de un potencial de innovación y competitividad a la industria.

El apoyo a las energías renovables debe servir para impulsar el desarrollo de un I+D+i propio que permita crear un tejido industrial nacional referente a nivel mundial y exportador de tecnología.

Ello implica centrar los esfuerzos en aquellas tecnologías que aporten a nuestro país una ventaja competitiva real. Mientras tanto, la integración de renovables no debe hacer sin tomar en cuenta la capacidad real de absorción de potencia adicional de nuestro sistema eléctrico.

También deben impulsarse actuaciones en materia de ahorro y eficiencia energética, y las que favorezcan el suministro a partir del autoconsumo en el sector industrial que reduciría el consumo, las emisiones, y los efectos de los incrementos en su competitividad de los precios de la electricidad.

En cualquier caso, es esencial acabar con la crónica inestabilidad regulatoria que arrastra en España el sistema de suministro energético, con continuos cambios normativos que imposibilitan acometer inversiones con las mínimas garantías. La normativa del mercado español de la energía debería dotarse de mecanismos de reacción rápida y de una mayor transparencia en su funcionamiento.

Si la seguridad jurídica es, sin duda, un elemento esencial en el funcionamiento de todo sistema económico, lo es más en el ámbito energético en el que regulaciones improvisadas pueden poner en riesgo la estabilidad de todo el sistema.

Lamentablemente, el diseño de nuestro sistema energético se ha visto sometido a decisiones de carácter puramente político, que en muchas ocasiones no han tenido en cuenta su efecto sobre la competitividad económica.

Es necesario cambiar esa tendencia poniendo el objetivo en la defensa de la competitividad, para lo que quizás sea necesario alcanzar un gran acuerdo nacional que permita encontrar soluciones, fijar el marco temporal para aplicarlas y facilitar las inversiones necesarias.

España precisa de un mix de generación equilibrado, que genere precios finales competitivos y en el que las diversas tecnologías se encuentren representadas en su justa medida, favoreciendo la integración de las renovables en un sistema altamente gestionable, que permita aprovechar el uso de la potencia ya instalada.

Por último, debe promoverse la coordinación entre Comunidades Autónomas para evitar la proliferación de legislaciones diferentes en el ámbito energético que perjudican las decisiones de inversión y la competitividad global.

***El precio de la energía eléctrica,
pilar de la competitividad***